

**EMMA REYES, MEMORIA POR CORRESPONDENCIA, Libros del Asteroide, 2015.**

Emma Reyes (1919-2003), artista colombiana, redactó estas cartas para su amigo Germán Arciniegas a partir de 1969. En ellas rememora los recuerdos de su infancia junto a su hermana Helena, sin las figuras de madre o padre, primero en Bogotá y luego en Guateque, hasta que ambas son abandonadas en un convento. Tras escaparse de allí, Emma viajará por Latinoamérica, se formará como pintora y se trasladará a Europa.

A continuación, se ofrece un fragmento de la carta 13, donde la artista relata las primeras experiencias vividas en el convento, cuando tendría unos cinco años de edad. Emma consigue transmitir las emociones infantiles con una inocencia conmovedora.



FOTO: LIBROS DEL ASTEROIDE

### **Carta número 13 (28-2-1970)**

Mi querido Germán:

Nosotras veníamos de un mundo tan lejano al del convento, que nuestra adaptación fue muy lenta y difícil. Obedecíamos, escuchábamos, pero comprendíamos muy poco de todo lo que pasaba alrededor nuestro. Esa falta de adaptación y comprensión nos impedía comunicar con las compañeras, que nos inspiraban más miedo que amor. Nosotras teníamos todo que aprender y ellas aprovechaban nuestra ignorancia para ser crueles con nosotras. Nadie nos decía por nuestro nombre, todas se dirigían a nosotras llamándonos las «Nuevas». «Que las Nuevas laven los platos, que las Nuevas rompieron, que las Nuevas robaron»... Eso sin contar las que al pasar junto a nosotras nos pisaban los pies, nos pellizcaban, nos tiraban del pelo o simplemente nos sacaban la lengua. Hacía ya muchos días que habíamos llegado y un día, a la hora del recreo, sor Teresa mandó a Helena a barrer la panadería y a ayudar a recoger un saco de harina que se había roto. Yo estaba sola, muy cerca, parada contra el muro esperándola. Había un grupo en el que, todas cogidas de la mano, jugaban a la rueda. Yo no sé cómo me encontré de pronto en medio de la rueda que empezó a cerrarse, cerrarse contra mí, al tiempo que todas me gritaban:

—¡China cochina, cagada, cagada, cochina!...

La rueda se cerró y me tiraron al suelo y me quitaron mi único pedazo de calzón que poseía. Claro que estaba sucio, era todavía el calzón que me había puesto la señora María cuando salimos de Fusagasugá. Una muy gorda y bizca, como yo, ensartó mi calzón en un palo de escoba y, marchando adelante con la escoba en alto, hicieron una larga fila que desfiló por todos los patios mientras gritaban en coro:

—Los calzones cagados de la Nueva chiquita, los calzones cagados de la Nueva chiqui...

Helena alcanzó a sentir la última frase y salió como una loca, corriendo y llamándome, yo estaba escondida en uno de los inodoros temblando del miedo. Por suerte sonó la campana y terminó el recreo. Sor Teresa preguntó qué era ese trapo en la escoba y en coro le contestaron:

—Los calzones cagados de la Nueva.

Sor Teresa se puso furiosa porque era falta de modestia dejar una niña sin calzones. El mismo día le ordenaron a sor María que me hiciera dos pares de calzones.

El reglamento era muy duro, cada hora del día estaba destinada a una acción fija, determinante, invariable. A las cinco y media de la mañana tocaban la campana para levantarnos; sentadas en la cama

nuestra primera acción era la de ofrecerle a Dios y a la Virgen María todas y cada una de nuestras acciones del día que comenzábamos, para que ellos, con su infinita misericordia, nos perdonaran nuestros pecados, nos librasen de morir en pecado mortal y nos dieran la luz y la fuerza de marchar solo por el camino del bien, para ser dignas de entrar con ellos al Reino de los Cielos. ¡Dios!... Cuántas y cuántas palabras que para nosotras no tenían ningún sentido. Helena y yo nos mirábamos, encogíamos los hombros y nos reíamos.

Para vestimos, tender la cama, hacer la toilette y, lo que era más difícil, hacer pipí, porque solo teníamos media hora. Hacer pipí era todo un *tour de force*. Cuando nos abrían las puertas de los dormitorios, salíamos como verdaderos potrancos, a toda velocidad para llegar de primeras a los cinco únicos inodoros que había. Nadie respetaba a nadie, en las escaleras se tiraban las unas sobre las otras para ganar la delantera. Naturalmente las que llegaban de últimas no alcanzaban a hacer la *toilette*; la media hora la pasaban en la cola, era casi cómico verlas saltando en un solo pie, en pata de gallo, como decíamos, para contener las ganas mientras les llegaba el turno. Naturalmente yo, con todo y el miedo que les tenía, no podía esperar y terminaba haciendo pipí en el piso delante a todas, que me trataban de sucia, cochina... india salvaje. La palabra india era considerada palabra de insulto.

A las seis daban un solo toque de campana para hacer la fila para entrar a la capilla. Entrábamos de dos en dos y, al pasar enfrente al altar en medio de la capilla, teníamos que hacer la genuflexión, tocando el piso con la rodilla derecha, al tiempo que hacíamos la señal de la cruz. Parada como un soldado detrás de nosotras, estaba siempre sor Teresa, la más furiosa, cruel e inhumana de todas las monjas. Ella era la directora de la lavandería, de la ropería, enfermera y vigilante de filas y, como tal, debía ocuparse de nuestro aspecto personal. Ella controlaba si nos habíamos peinado, si teníamos los pies limpios (todas, con excepción de alguna vieja, vivíamos descalzas) y si el delantal de ir a la misa no estaba sucio, roto o mal aplanchado. Controlaba también si la genuflexión estaba bien hecha, si alguna no doblaba la rodilla hasta tocar el piso la levantaba de las trenzas y la hacía repetir la genuflexión tres y cuatro veces. En la capilla, como en el refectorio, los puestos eran fijos, las chicas éramos las más próximas al altar. Las monjas tenían cada una un reclinatorio y un asiento que instalaban estratégicamente en los pasajes de entrada, de manera que podían controlar todos nuestros movimientos y gestos.

Las oraciones que rezábamos eran todas en latín, que las aprendíamos de memoria sin que nadie nos hubiera explicado nunca el significado de lo que decíamos, lo importante era recitarlas con devoción y en el tono fuerte o dulce suplicante o dramático que ellas nos habían enseñado.

Todos los días sin excepción venía un padre para decir la misa, regularmente era el mismo. Cuando llegamos, el capellán era el padre Bacaus, así lo pronunciábamos nosotras, pero era alemán. Largo y flaco como un clavo, siempre sucio y mal peinado, de su cuerpo salía un fuerte olor de tintura de yodo, Mentholatum revuelto al olor del incienso y la cera quemada. Ese era el único hombre y la única persona venida del mundo que teníamos el derecho a ver. El padre Bacaus decía la misa a una velocidad de huracán, corría tanto de un lado al otro del altar, que cuando se volteaba para el *dominus bobiscum* o para dar la bendición, las chiquitas que estábamos junto del altar sentíamos el viento que provocaban la casulla y el alba cuando volaban en el aire. No solamente decía la misa a gran velocidad, sino que era tan brutal que no había día que no tumbara o un florero o un candelabro o el misal, que caía del atril, o las vinagreras que se volteaban sobre el altar. La suela de uno de sus zapatos estaba siempre desprendida y, sin excepción, se enredaba en la alfombra cada vez que entraba; con las dos manos teniendo el copón lo veíamos inclinarse hacia delante, casi hasta tocar el suelo, pero siempre al último momento lograba enderezarse y recuperar el equilibrio, naturalmente nosotras nos moríamos de la risa. Él sí hacía las genuflexiones tocando el piso con la rodilla, con tal violencia que el altar y las aureolas de los santos quedaban temblando por varios segundos. Las monjas habían pedido muchas veces que lo cambiaran, pero les respondían que había escasez de curas.

Los domingos nos explicaba el Evangelio en alemán españolizado, hablaba tan rápido como se movía.

Después de la misa daba la bendición con el Santísimo; cuando usaba el incensario casi lo mandaba hasta el techo, nosotras cerrábamos los ojos y bajábamos la cabeza esperando el golpe.

Durante la bendición, las niñas que pertenecían al coro se levantaban y se paraban alrededor del armonio que tocaba la directora, sor Dolores. Los cantos también eran en latín, ese era el momento que más me gustaba y no podía controlarme de mirar para atrás para ver cómo cantaban. Naturalmente sor Teresa me llenaba los brazos de pellizcos. Como era la más chica, mi puesto era junto a ella para que me enseñara todo lo que tenía que hacer.

Cuando sonaba el órgano no podía contener las lágrimas que rodaban por mis mejillas y caían sobre mis manos que debía tener enlazadas sobre el banco. Ese armonio me recordaba siempre la pianola del teatro de Fusagasugá y me parecía que esa época era más feliz porque era libre y hacía lo que quería, el convento me parecía terriblemente triste y las compañeras no me interesaban para nada.

Salíamos de la capilla a las siete, cambiábamos los delantales de la misa por los de trabajo y hacíamos la fila para entrar al refectorio. De desayuno nos daban una taza de agua de panela, que regularmente estaba fría y una mogolla negra para cada una. La que iba terminando iba saliendo para empezar los oficios, es decir, la limpieza de la casa.

El primero de cada mes leían la lista de los oficios para todo el mes. Las que se habían portado bien durante todo el mes las premiaban dándoles los oficios más fáciles: barrer un corredor o una de las cuatro escaleras, limpiar las barandas, los vidrios, barrer el salón de bordados o barrer los dormitorios. A las grandes bordadoras también les designaban oficios fáciles para que no se dañaran las manos. El oficio que era el premio máximo era el de la sacristía y la capilla, a ese puesto solo llegaban las más grandes y a condición de una conducta impecable. Los oficios de castigo eran la cocina, lavar las enormes ollas de la comida, lavar los tarros de la basura, lavar de rodillas los patios y corredores, pero el peor de todos, que era reservado a las más indisciplinadas, era lavar los inodoros. Como te decía había solo cinco para casi doscientas personas que además solo podían usarlos a las mismas horas, ese espectáculo no te lo puedo describir. Los cuartos eran muy pequeños, sin agua corriente, eran huecos en el piso, el piso de cemento sobre el hueco, pegado al cemento unos cajones cuadrados con un hueco redondo en el centro. La mayor parte de las niñas venían de los campos y se portaban como se portaban en los campos. Las monjas, seguramente por pudor, no hacían nada para educarnos en ese sentido, así que, además de los excrementos, había pilas de trapos de todos los colores. Te aseguro que es lo más asqueroso que he visto en mi vida. Y cada día naturalmente había que recoger todos esos trapos y porquerías y lavar a grandes aguas y escoba y hacer rodar toda la porquería hasta el sifón del patio próximo, luego preparar tarros de agua caliente con creolina adentro para desinfectar los cuartos y el patio. Los oficios de la casa, a excepción de los inodoros, tenían que ser terminados al toque de las ocho, que era la hora de entrar a los talleres de trabajo. Los talleres eran cuatro, el más importante y el que producía más dinero al convento era el taller de bordados a mano. El segundo, de corte, modas y costura en máquina, también estaba, como el de bordados, en el segundo piso. En la planta baja, distribuidos en patios diversos, estaban el salón de ropería, zurcidos y tejidos y en el cuarto patio, junto al solar, la lavandería y la planchería.

Nuestras vidas estaban dirigidas a dos únicos fines que marchaban al mismo tiempo: trabajar al máximo para ganar lo que nos comíamos y, según las monjas, salvar nuestras almas, protegiéndonos de los pecados del mundo, pero el precio que pagábamos por salvar nuestras almas representaba para nosotras diez horas de trabajo por día. No importaba ni la edad, ni las capacidades, para todas había siempre un trabajo. Nosotras no veíamos nunca a las personas que llevaban los trabajos, eran las monjas las que hablaban con ellas. De nombre conocíamos algunas clientas, porque las monjas nos hablaban de ellas para decir que

eran muy exigentes y que examinaban en detalle cada trabajo. Había una señora Sierra que comisionaba sábanas y manteles bordados, pero las mejores clientas eran unas señoras que llamaban las turcas; ellas llevaban piezas y piezas de los más bellos linos para que les hiciéramos manteles y sábanas. Los trabajos de las turcas eran los más importantes, ellas mismas llevaban los dibujos que siempre eran complicadísimos; de los manteles no quedaba un centímetro de lino que no fuera trabajado. También encargaban ropa interior de seda y camisas de noche bordadas hasta los pies. Para los matrimonios elegantes de Bogotá, Cali y Medellín, nos encargaban los ajuares completos, igual para los grandes bautismos. De las iglesias y otros conventos comisionaban casullas, capas, albas, roquetes, manteles para los altares. Una de las especialidades del convento era los brocados en oro. En el bordado en oro, no solamente es muy difícil y delicado el manejo de los hilos y canutillos, sino que muy pocas tenían las manos buenas... Es decir, que a muchas se les volvía el oro negro en las manos. Las monjas llamaban a eso malos humores; la que tenía malos humores no podía tocar el oro, aunque supiera manejarlo, porque perdía todo el brillo. El ejército nos enviaba mucho trabajo de banderas y escudos para las fiestas y desfiles, cada regimiento necesitaba una bandera con el nombre del batallón bordado en oro y sus insignias correspondientes. Las asociaciones católicas de San Vicente, San Antonio, Carmelitas, Hijas del Corazón de Jesús, Hijas del Corazón de María, etc., etc., todas encargaban estandartes para las procesiones. De la Casa Presidencial también teníamos trabajos.

Para ti, querido Germán, todo esto te puede parecer muy claro, pero para nosotras, que nunca vimos ni la punta de la nariz de las personas que llevaban los trabajos y que ignorábamos todo de todo, esa mezcla de trabajos, las personas turcas, los oficiales de infantería, las Hijas del Corazón de María, la banda para el Presidente de la República, la mitra para el Obispo, los pijamas bordados de los señores diplomáticos, todo ese palabrerío unido a las oraciones en latín y la frase permanente como una música de fondo «en el mundo», «para el mundo», «viene del mundo», porque todo lo que pasaba en el convento no pasaba en el mundo... No. Todo era en el mundo menos nosotras... No teníamos derecho a pedir explicaciones de nada, lo del mundo era pecado y punto; por eso en nuestras oraciones, tanto a la hora de empezar a trabajar como a la noche, siempre decíamos unas cuantas avemarías por nuestros clientes pecadores que nos beneficiaban con sus trabajos para que nosotras pudiéramos comer y salvar nuestras almas.

Naturalmente esa insistencia sobre el mismo tema había terminado por convencernos de que éramos los seres más afortunados y felices. Por esa razón nunca se nos ocurrió ni protestar, ni reclamar justicia. Nuestras vidas no tenían porvenir y nuestra sola ambición era la de pasar del convento derecho al Cielo sin tocar el mundo. En el Cielo nos esperaban, con los brazos abiertos y cánticos celestes, los santos, ángeles, arcángeles y querubines, que entre nubes nos conducirían para la eternidad al reino de Dios y de la Virgen María.

Nuestro único enemigo era el Diablo. Del Diablo sabíamos todo, sabíamos más del Diablo que de Dios. Conocíamos todos sus trucos, todos los medios de los cuales se servía para hacernos caer en el pecado. El Infierno también lo conocíamos hasta su último rincón. Teníamos la impresión de que podríamos recorrerlo con los ojos cerrados, conocíamos cómo eran las pailas de aceite hirviendo donde el Diablo metía los pecadores desnudos y luego los sacaba y les quitaba la piel a pedacitos. Tenía enormes tenedores de fierro con los cuales movía las almas en los pozos de fuego, como si fueran pedazos de carne dentro de una olla. Poseía millones de cadenas con que lo amarraba a uno para arrastrarlo por caminos y montañas que estaban sembrados de pedazos de vidrio y espinas. El Diablo era grande, muy ágil, podía dar saltos de varios metros, estaba siempre vestido de rojo o de un verde fosforescente, su pelo estaba siempre de punta hacia arriba y tenía además cuernos como los toros, sus ojos eran amarillos y lanzaban llamas, las uñas eran larguísimas y verdes, los dientes largos como los de los burros y cuando abría la boca salían olores terribles de azufre. El Infierno era lleno de cavernas oscuras donde tenía encerrados animales terribles que nosotras no conocíamos pero que se llamaban leones, serpientes, caimanes y muchos otros, grandes y chiquitos, pero todos terribles.

Si uno había pecado con los ojos, el Diablo le sacaba a uno los ojos con unas agujas calientes y, si había pecado con la boca, él le cortaba a uno la lengua en pedacitos. Nada ignorábamos del Diablo, además no nos lo dejaban olvidar... Si tirábamos las hebras de hilo nos decían que el Diablo las iba a recoger para torturarnos con ellas en el Infierno, igual si botábamos algo de comer. Si no nos confesábamos y si comulgábamos en pecado, nuestro cuerpo se llenaría de llagas inmundas donde el Diablo depositaría gusanos verdes, rojos y amarillos que nos devorarían [...]

### ACTIVIDADES SOBRE LA LECTURA

1. Aclarad el vocabulario desconocido, también el que esté en francés o en latín. Sé crítico con las correcciones gramaticales o léxicas que encuentres.
2. Con naturalidad pueril, Emma cuenta las anécdotas de sus primeros días como *nuevas*. Coméntalas de forma crítica.
3. Hay cosas que las niñas no entienden. Explica cuáles.
4. El relato evoca muchos olores desagradables. Haced una lista.
5. Fíjate en las descripciones de las monjas y el capellán. Haz una breve síntesis de la descripción de Sor Teresa.
6. Volvamos al vocabulario. Haz una lista de palabras que guarden relación con el culto religioso católico: *genuflexión, reclinatorio, misal, casulla...* Explicad su significado.
7. A través de esta carta vemos la actividad diaria en el convento.
  - a. Señala las fases de la actividad del convento, cómo se van marcando los distintos tiempos (al levantarse; al ir al baño, a la capilla). Enúncialos en orden.
  - b. Enumera los distintos *oficios*, clasificados en *fáciles* y *difíciles*. Haz un análisis crítico del tiempo de trabajo.
8. Hay una crítica social implícita, en la relación de familias y grupos que requieren bordados del convento (Emma tiene talento para el bordado, como mostrará en cartas sucesivas). Explica qué labores realizan las niñas y cuál es su destino, dejando de manifiesto la explotación a la que son sometidas sin ningún tipo de protección y sin que nadie se interrogue por el origen de tan bellos trabajos. ¿Nos hacemos esa pregunta hoy en día?
9. Para las hermanas, todo es nuevo, también la religión. El miedo al Diablo se crea a partir de las vívidas descripciones. Comentad la descripción que realiza del Diablo y el infierno.

### CREATIVIDAD

10. Realiza el relato de un día en la vida de una niña cercana a ti, marcando las diferencias y semejanzas con lo que acabas de leer.